

ESCAÑÓDALO en América

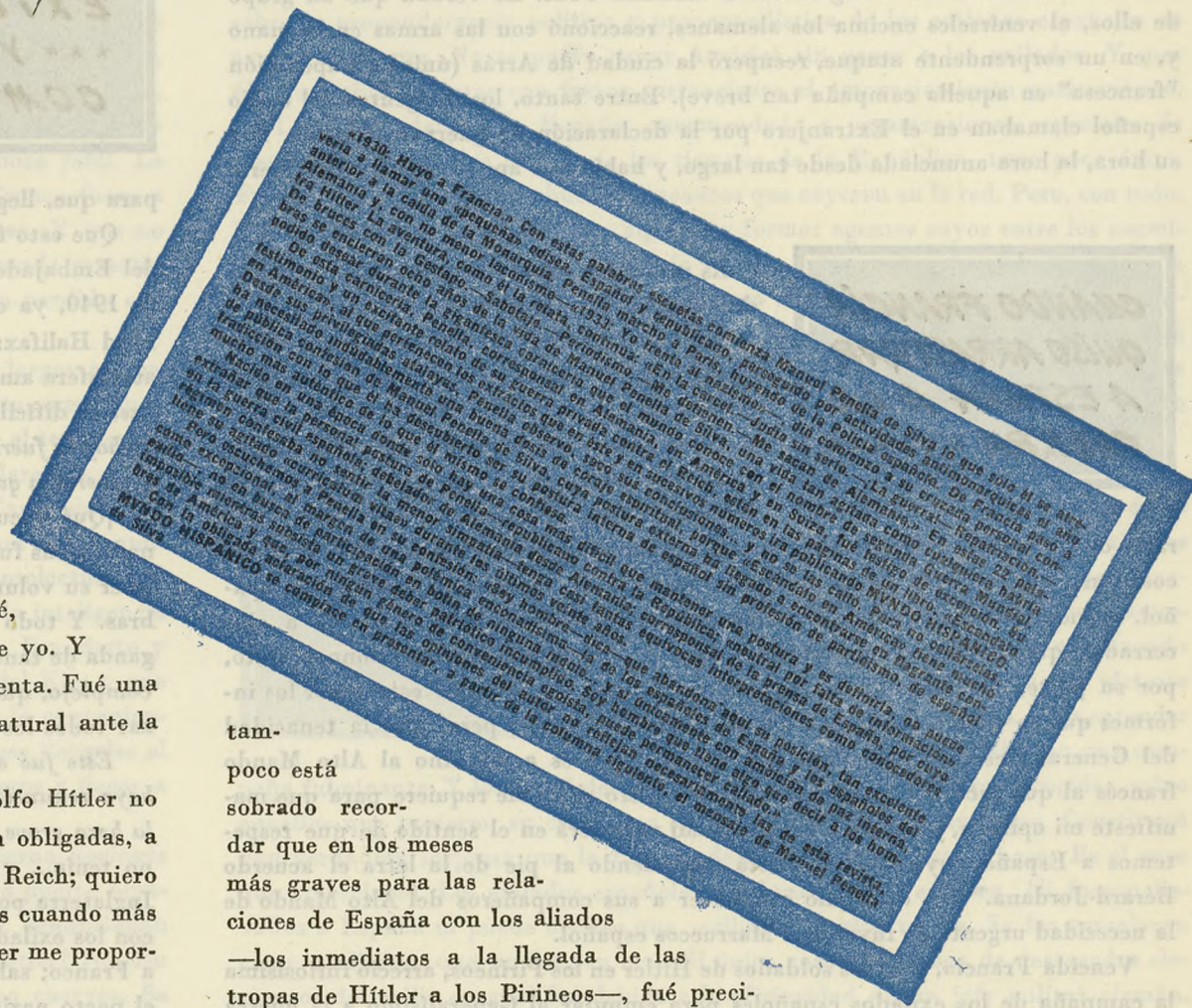
I

YO combatí a la Alemania de Hitler ya desde antes de que Adolfo Hitler escalase el Poder. Aporté a la causa antihitlerista cuanto pude y supe desde antes que las potencias más poderosas se definiesen en su enemistad. No esperé, como aquéllas esperaron, a que Hitler me atacase para defenderme yo. Y no cedí ni a amenazas ni a sobornos en lo más recio de la tormenta. Fué una conducta espontánea, voluntaria y "muy española", por reacción natural ante la contemplación del fenómeno alemán estudiado de cerca.

Mi perenne estado de beligerancia contra la Alemania de Adolfo Hitler no conoció eclipse ni desmayo cuando las grandes potencias se vieron obligadas, a la fuerza, a avergonzarse públicamente de los pactos suscritos con el Reich; quiero decir, cuando estalló la conflagración. Por el contrario, fué entonces cuando más arrecié—contento y triste a un tiempo de que el propio Adolfo Hitler me proporcionase tantos y tan grandes aliados—, y no en un puesto fácil.

Se tiene que comprender que luché *porque me dejaron luchar*. Y es cosa peregrina que en esta lucha haya podido alcanzar yo en la Prensa española de la España del General Franco—sin una lisonja ni al General ni a su régimen—el prominente lugar que ocupó, esto es, el de uno de los cronistas más leídos de España.

Porque en España se podía ser antinazi declarado, como bien sabe y demuestra en su libro *Misión en España* el propio Samuel Hoare. Quiero decir que no me encontré solo, huérfano o acogotado por la máquina oficial española en mi actitud antihitlerista. Muy al contrario, descubrí desde el primer día que otros españoles de la España de Franco, en crecido número y no pocos de ellos emplazados en puestos clave del Estado español, eran tan antinazis como yo y luchaban por lo mismo que yo luchaba. Sir Samuel Hoare cita dos, por ejemplo, de los cuatro Ministros de Asuntos Exteriores españoles con los que tuvo que habérselas durante su misión—lo que, bien mirado, representa un empate significativo—; por cierto, los cuatro con el conocido aliadófilo señor Pan de Soraluze, en la Subsecretaría de este Ministerio. Y no está de más decir que el Coronel Beigbeder fué mucho más resueltamente anglófilo y apretado amigo del Embajador británico que Serrano Suñer fué germanófilo y bienquisto del Embajador alemán. Como



tam-
poco está
sobrado recor-
dar que en los meses
más graves para las rela-
ciones de España con los aliados
—los inmediatos a la llegada de las
tropas de Hitler a los Pirineos—, fué preci-
samente el primero, el anglófilo, y no el ger-
manófilo, el que Franco mantuvo al frente de la política exterior de Es-
paña, sin duda para dulcificar la difícil tarea de Sir Samuel Hoare, recién
incorporado a su misión.

*** LOS ***
ALIADOS
INVISIBLES
DE HITLER

Ahora bien; mientras tantos españoles luchábamos a brazo partido como podíamos para que España no fuese a la guerra hermanada con el Eje, ¿qué hacían los españoles exilados? Es una pregunta de formidable interés que nadie se ha formulado aún. Parece como si se sobrentendiese que toda la masa de españoles exilados no dejó de acarrear

agua al molino aliado, produciendo a los señores del Eje tremendos dolores de cabeza con su endiablada actividad. Pero cuando el asunto se examina con honradez y dos gramos de perspicacia, lo que se advierte es una monstruosidad que

será el día de mañana—cuando se apacigüen las pasiones—objeto de extrañeza sin límites para los historiadores futuros. Porque resulta que ha sucedido, precisamente, todo lo contrario de eso que "se sobreentiende".

No hay más que una verdad, y esa verdad es que los españoles en el exilio, que ahora se ensañan llamando "hitleristas" a los españoles de España, lejos de enloquecer por perjudicar a Hitler, enloquecieron por beneficiarle, pues, sin importarles un ardite otra cosa que sus particulares intereses, *trabajaron con todas sus potencias de alma y cuerpo para que el General Franco fuese a la guerra del brazo de Hitler*. Esto es, para que Hitler tuviese un aliado más y los aliados un enemigo más, con todas sus fatales consecuencias.

Entiéndase bien que todavía no digo que los exilados españoles quisiesen favorecer a Hitler. Digo que tanto anhelaban perjudicar al Generalísimo que, pasándose de rosca, dieron en ayudar a Hitler con desconsiderado perjuicio para la causa aliada, que no se vió que les preocupase. Digo, en términos llanos, que los exilados españoles no vivieron la guerra en su órbita internacional. O, más claro aún, que no vivieron *la guerra*, sino *su guerra*. La suya, la española, la que prolongan por esos mundos. Ciegos con su guerra y atentos únicamente a influir en todas partes en el sentido que convenía a sus particulares intereses, ni advertieron siquiera que se pasaban de rosca y que, con su actitud gesticulante y terne, *estaban haciendo trampas en el juego bélico para que Hitler ganase la partida a los aliados*. Digo, en fin, que no les importaron muertos ni vivos, que no se incorporaron a la causa aliada, que no la sintieron, que no les inflamó... Sintieron su causa propia, su guerra, sus intereses personales, sus ambiciones de poder... Y nada más.

Los españoles exilados en Francia tomaron *a la fuerza* el pico y la pala para trabajar en las fortificaciones francesas. Más tarde, habrían de hacerlo *voluntariamente*, encuadrados en la organización alemana Todt. Es verdad que un grupo de ellos, al venírseles encima los alemanes, reaccionó con las armas en la mano y, en un sorprendente ataque, recuperó la ciudad de Arrás (única recuperación "francesa" en aquella campaña tan breve). Entre tanto, los dirigentes del exilio español clamaban en el Extranjero por la declaración de guerra a España. Era su hora, la hora anunciada desde tan largo, y había que aprovecharla como fuera.

CUANDO FRANCIA
QUISO ARRASTRAR
A ESPAÑA A LA
GUERRA *****

Es un secreto, todavía hoy, que el instante de mayor peligro para la neutralidad española fué antes de que las tropas alemanas llegasen a los Pirineos. Fué en plena campaña de Francia, el entonces ministro de Asuntos Exteriores de Francia (el hombre que firmó la declaración de guerra a Hitler), me ha referido confidencialmente en Suiza—ve-

rano de 1946—la visita que le hizo el General Residente francés en Marruecos, para convencerle de la necesidad urgente de invadir el Marruecos español. Aquél, influenciado por los cabecillas exilados españoles, creía ya a ojos cerrados que el General Franco atacaría el Marruecos francés. Bonnet trató, por su parte, de convencerle, haciéndole ver que no eran de este tenor los informes que se tenían de la actitud del General Franco; pero ante la tenacidad del General Residente, concluyó por decirle: "No es a mí, sino al Alto Mando francés al que incumbe semejante decisión. Pero si se me requiere para que manifieste mi opinión, yo la daré contraria. Mi voto será en el sentido de que respetemos a España, cuyo Gobierno está cumpliendo al pie de la letra el acuerdo Bérard-Jordana." No consiguió convencer a sus compañeros del Alto Mando de la necesidad urgente de invadir el Marruecos español.

Vencida Francia, y ya los soldados de Hitler en los Pirineos, arreció furiosísima la campaña de los exilados españoles para empujar al Generalísimo a la guerra como aliado de las potencias del Eje. Estas campañas infatigables pedían a grandes voces que no se enviase ni se permitiera llegar a España un solo grano de trigo, una gota de petróleo, un gramo de algodón... Era necesario asfixiar a España, enloquecerla. Permitir el paso de cualquier mercancía hasta puerto español era favorecer a Hitler—decían—, estimular al General Franco y traicionar la buena causa... Esta era la cantinela. Nadie puede haberla olvidado.

Pero, ¿era esta actitud verdaderamente internacional, ideológica, contra Hitler, o exclusivamente particular, española, contra el General español? La realidad demuestra que, con sus feroces campañas, los exilados no hacían otra cosa que boicotear la neutralidad española en beneficio del Führer del Tercer Reich. La paz de España, su neutralidad, dependían de sus posibilidades de subsistencia. Por esto, en toda la apasionada obra de Sir Samuel Hoare, *Misión en España*, se presenta el Embajador en descomunal forcejeo dialéctico con el Gobierno británico para hacer comprender a aquél la necesidad de desarrollar en España una política económica opuesta del todo a la que aconsejaban los exilados españoles con impresionantes vociferaciones. En realidad, el libro de Sir Samuel Hoare es el libro de la lucha de aquel Embajador con los exilados, porque todo lo que éstos aconsejan y exigen, todo lo que éstos propugnan a lo largo de la

guerra con horrible escándalo, es siempre lo que el Embajador británico refuta para el éxito de su misión.

Yo hablé con exilados españoles en Europa y en América, y ninguno me disimuló esta extraña postura. No la negaban. Veían con buenos ojos que cada Gobierno presentase cara al terrible Hitler. Pero no el de España. No el del General Franco. Querían, porque lo necesitaban, que Hitler exigiese al General Franco y que el General Franco cediese. Fué inútil que me desgañitase en polémicas, inútil que intentase hacerles ver que esto era querer regalar a Hitler un aliado importante, que dificultaría en insospechable grado el triunfo de las armas aliadas, que costaría millones de vidas españolas y anglosajonas, que prolongaría la guerra... Enteramente inútil. No les importaba lo más mínimo. Y acabaron siendo, con su ciega actitud, los más monstruosos aliados de Hitler. Lo serían del diablo, con tal de que el diablo les diese oportunidad de "volver a ser", de poder aspirar al Poder español. Querían proseguir la guerra desde el punto en que la perdieron, pero con soldados y potencial bélico de los aliados... que los aliados necesitaban para su guerra descomunal, difícilísima, en la que toda fuerza era poca y todo aliento favorable bien venido.

Yo lo vi. "¿Qué haréis si el General Franco resiste a los alemanes", demandé yo más de una vez. No respondían. No querían admitirlo. Ninguno se sintió tan ganado por la causa grande, la antihitlerista, que depusiera su partidismo en la causa suya, en la menor, en la española...

*** LOS ***
EXILADOS
*** Y SU ***
COMPLEJO

Es grotesco, pero la más seria razón que podía tener España para ser germanófila era... la presencia vociferante, por el mundo, de sus exilados. El complejo que supo fabricar el exilado español fué tan absoluto que ninguna Cancillería aliada creyó posible, no ya ganar a España para su bando internacional, sino ni siquiera inyectarle ánimos

para que, llegada su hora fatídica, defendiese su propia honra frente al invasor.

Que esto fué un desatino y un error cruel se ve en la propia correspondencia del Embajador británico con su Ministro de Asuntos Exteriores. El 1 de julio de 1940, ya con los soldados alemanes en los Pirineos, escribe Samuel Hoare a Lord Halifax: "Se me antoja que el juego de los alemanes consiste en crear una atmósfera amistosa antes de presentar sus demandas. Cuando hagan esas demandas, es difícil ver cómo podrán ser rechazadas. *Hay la voluntad de resistir, pero no hay la fuerza para ello. Todo lo que puedo hacer es tratar de fortalecer esa voluntad y esperar a que suceda algo, antes de que sean hechas esas demandas.*"

¡Qué documento! Prueba que España quiso resistir y que se la dejó abandonada a sus fuerzas. El Embajador británico tiene que limitarse a tratar de fortalecer su voluntad de resistencia, latente y patente, con buenas pero vacías palabras. Y todo por culpa de aquel complejo creado por los exilados con su propaganda de tanta sagacidad como egoísmo. Cuál no sería la prodigiosa fuerza de ese complejo, que una nación como Inglaterra se dió vencida sin luchar "y sin utilizar todos los recursos que la situación le ofrecía".

Este fué el primer caso en la historia de Inglaterra en que el Foreign Office haya renunciado al mejor triunfo que la suerte le deparó, sin ponerlo en juego en la hora grave. Porque, además, Inglaterra tuvo en su mano una carta que Hitler no tenía... y no la jugó. Era justa y precisamente la carta de los refugiados. Inglaterra podía ofrecer a España la paz. La paz en su guerra. En la de Franco con los exilados. La diplomacia inglesa sabía que la doctrina hitlerista era odiosa a Franco; sabía que el catolicismo de éste repugnaba a los alemanes; sabía que el pacto nazisoviético repugnaba a los españoles franquistas; sabía que el trato hitlerista a la Polonia católica y el reparto de ésta entre Alemania y Rusia abría un foso de disgusto entre España y Alemania; sabía que la invasión de Finlandia por los rusos, bajo la mirada benévola de los alemanes, indignaba a los españoles, y sabía, por su Embajador, que no faltaba la voluntad de resistir al terrible Hitler. Por lo tanto, Inglaterra tenía para jugar una formidable carta: la del aquietamiento interno de España, la de los exilados. Si Inglaterra hubiese ofrecido esto a España, si le hubiese ofrecido, con el apoyo de Mr. Roosevelt, la garantía de que la guerra propagandística de los exilados sería silenciada a rajatabla, el General Franco habría adoptado una actitud totalmente favorable a la causa aliada, en la que entonces no figuraba como amiga, sino como enemiga, la Rusia de Stalin.

Inglaterra no jugó esta carta, que podía haber jugado en forma decorosa, limpia y fuerte, sólo porque no la vió. Estuvo hipnotizada. Fué víctima del complejo precitado que los dirigentes del exilio español alimentaron noche y día. No hay más que ver el apocado ánimo con que se incorpora a su misión en España Sir Samuel Hoare para medir de una ojeada la profundidad de aquel complejo. Samuel Hoare confiesa en su libro que los hombres públicos "aliadófilos" de España se ven atados de pies y manos, no por el Generalísimo, no por Hitler,

sino por las vociferaciones del exilado español que anuncia cataclismos para España si triunfan los aliados.

Pero el General Franco no se dejó atar. No cayó en la red. No tomó el camino de la desesperación. Fué a pesar, no gracias a los jefes del exilio. Estos trabajaron contra España y en beneficio de Hitler. Nos dieron mucho que hacer y que sudar, ¿verdad, Samuel Hoare? Los que trabajamos por impedir que España fuese a la guerra sabemos perfectamente quién era y dónde estaba la mayor fuerza adversa a nuestros propósitos. Esos jefes del exilio español pudieron hipnotizar al mundo, pero no a nosotros.

* INDALECIO *
** PRIETO **
*** Y SU ***
CORRESPONDENCIA

Tanto sabíamos esto que, al llegar a América, echado de Alemania, no vacilé en encarnarme uno a uno con cuantos españoles exilados encontré, echándoles en cara su fea actitud. Era cuando toda la Prensa de América pedía para España un trato feroz. Nadie quiso escucharme. Hasta que, dolido, legítimamente indignado, resolví escribir a Indalecio Prieto una carta abierta que vió la luz en cuantos periódicos de Méjico quisieron publicarla. Le decía que yo, español sin las manos ensangrentadas, español que jamás regaló al General Franco un elogio, español que no se adhirió a ningún bando, enemigo de Hitler desde antes que la propia Inglaterra, encarcelado en Alemania, hijo de un hombre que murió en Méjico el año 1939 y, por tanto, de familia no sospechosa de reaccionarismo; yo, español, acusado de tener a sus hijas sin bautizar—lo que, sin ser cierto, excluía también toda sospecha de clericalismo—; yo, combatiente apasionado del Tercer Reich hasta el punto de haber recibido testimonios de gratitud de las autoridades británicas, invitado por los ingleses a trabajar en Londres por la propaganda de la causa aliada, animador de las esperanzas de cada español anheloso de la derrota del Eje; yo, Penella de Silva, denunciaba al mundo sus deseos de sumar soldados a Hitler y de favorecer la estrategia nazi, empujando al General Franco a una alianza fatal. Le decía que él y todos los hombres del exilio español deseaban que Franco fuese a la guerra, no contra Hitler, sino con Hitler. Que luchaban por eso. Y que no les importaba la causa antihitlerista, sino la causa propia, sacrificando muertos y vivos a la posibilidad de recuperar una personalidad que habían perdido con la derrota que Franco les infligió.

Indalecio Prieto, que siempre respondía presuroso en aquellos largos artículos que publicaba en el diario *Excelsior*, de Méjico; Indalecio Prieto, que nunca dejó sin respuesta a los que, de una forma u otra, le escribían sobre el tema español, dió la llamada por respuesta a esa carta que, con grandes titulares, le sirvió una buena mañana la Prensa de Méjico bajo el ruidoso epígrafe "Carta abierta a Indalecio Prieto del hijo del maestro Penella". Prieto calló. Callaron todos, aunque el tema era apasionante y les llenaba de ignominia. Toda la intelectualidad española exilada, que se tiene atribuída a sí misma la exclusiva de la inteligencia española, se mordió la lengua y el labio. Porque no podía refutar. Era cierto y muy cierto que anhelaban que Franco fuese a la guerra a favor del Eje, y que lo anhelaban contrariando con un cinismo verdaderamente odioso la conveniencia de la causa de estos mismos aliados que, por servirles a ellos, por llevarles al Poder, han escarnecido el Derecho internacional y parecen dispuestos a llegar a los más abyectos retorcimientos del Derecho de pueblos.

Y mientras el Embajador de los ingleses suplicaba a su Gobierno *navicerts* para España, ellos ponían el grito en el cielo cada vez que llegaba a puerto español un mísero barco con algo en sus bodegas. Mentían a sabiendas, denunciaban lo que no había, hacían gemir las prensas del mundo... ¿Contra Hitler? No. En beneficio de Hitler y en el propio. Aprovechaban la guerra como cuervos. Se abrazaban a ella como locos. Todo lo que el mundo batallaba no era para ellos más que una ocasión, una coyuntura, un posible volver a ser lo que fueron y a mandar lo que mandaron. *Es verdaderamente formidable cómo un grupo de exilados transformó en agua para su molino particular nada menos que la mayor conflagración que ha conocido nuestro planeta.* Y es no menos formidable que tantas cancillerías, tantas autoridades del mundo aliado, tantísimos periódicos, cayesen en la trampa de un empeño tan nefasto para sus propios intereses.

* 1939-1945 *
UNA * GUERRA
PRIVADA * DE
LOS ESPAÑOLES

No nos jugásemos España y los españoles tanto como nos jugamos en aquel zafarrancho sibilino de los cabecillas del exilio, y tendría que descubrirme ante el prodigio del genio español, capaz de desviar a una coalición de potencias mundiales de sus propios y graves intereses hasta llegar a contradecirlos. ¡Qué talento el nuestro! De un lado, Franco sujetando al guerrero insujetable con puras palabras. Del otro, media docena de españoles pícaros hipnotizando a las cancillerías y a los pueblos hasta hacerles

creer que era estupendo para ellas tener un enemigo más. Franco, hipnotizando a Hitler, le hace perder la guerra. Y los seis pícaros exilados, hipnotizando al mundo, le hacen perder la razón hasta el punto de que no vea otro enemigo de la paz que su particularísimo enemigo. Ambos hipnotizando, fascinando, hasta acaparar la atención mundial, distrayendo a todos de sus más graves cuitas y ambos poniendo el tema español como el primero, el más apasionante, el único. ¿Quiérese mayor prueba de talento? ¿Recuerda algo semejante la Historia Universal? ¿Hay cosa más grotesca que esto de que los españoles prosigan su guerra, a costa de los muertos del mundo en una guerra ideológicopolítica que nada tiene que ver con la suya?

Pero es lo cierto que los exilados ni se ofrecieron para ir a los frentes, ni pusieron su oro a disposición de la causa aliada, ni botaron naves, ni regalaron ambulancias ni se enrolaron en servicios sanitarios. En las filas aliadas no les vió nadie. Los señores del exilio español no se privaron de ningún regalo, vivieron espléndidamente, y si algo se movieron fué para molestar. Se habían apoderado de las mejores planas de la Prensa de América, pero tampoco cabe decir que se entregaran con pasión a la causa antihitlerista. Si atacaron a Hitler, fué sólo por carambola, acercando agua al molino propio y no al molino anglosajón. Así se dió el caso curioso de que la Prensa de América era mucho más vigorosa y empeñosa en el ataque al General Franco que en el ataque a Hitler.

* * *

La acción catequizadora de españoles rojos por los alemanes se remonta a los días de la guerra civil. Concluída ésta, se intensificó. Y, comenzada la guerra europea, fué objeto de una diligencia especial. Los informes que llegaban a Berlín de las representaciones y agentes de Alemania en América hacían hincapié sobre la preponderancia política y propagandística de los exilados españoles en aquel continente. No se podía ganar América sin ganar a los exilados. Y, por último, cabía explotar con frutos sustanciosos el emparejamiento nazisoviético.

La acción dentro de España, encomendada a organizaciones especiales de alemanes establecidos allí desde los tiempos de la República, tuvo poco éxito. Fueron muy pocos los republicanos incautos que cayeron en la red. Pero, con todo, los alemanes lograron atraerse a algunos y formar agentes suyos entre los enemigos del régimen. El trabajar al propio tiempo a los prohombres de España y a toda la oposición republicana o roja, era cosa totalmente de acuerdo con su mentalidad y sistema. Pero lo sabía Franco, lo sabían los ingleses y lo sabíamos muchos españoles que no apartábamos los ojos de la maquiavélica palanca de los alemanes, lista para afirmarse, según las circunstancias, en uno u otro punto de apoyo.

**** NÍ ****
EXTRADICIÓN
**** NÍ ****
MALOS TRATOS

Ahora bien; esa máquina tuvo más éxito en su tarea de captación entre los exilados que entre los antifranquistas que permanecieron en España. Debemos retroceder a aquellos días en que del mundo se iba apoderando la invencible convicción de que la victoria sería germana o germanorrusa, para entender lo que sigue. Francia sucumbió en una campaña fulminante. Y los españoles exilados permanecieron como sobrecogidos, salvo aquellos que pusieron su confianza en la inteligencia germanorrusa. Constituyó una verdadera sorpresa que la España de Franco no abriera la boca. Es el caso que no reclamó. Los exilados españoles quedaron donde estaban. Ni fueron llevados a España ni puede decirse que recibieran malos tratos. Se las arreglaron como pudieron, que no fué tan mal. El único caso de entrega de destacados elementos del exilio español fué debido a la oficiosidad de un jefe militar alemán, que, creyendo hacer una gran cosa, entregó en la frontera española a seis españoles "capturados". Los desprevenidos guardias fronterizos tuvieron que recibirlos.

Pero aquella entrega no se repitió. Los exilados no fueron molestados. Ni los de la Francia ocupada ni los de la Francia de Vichy. Me consta que no pocos judíos escapados de París confiaron la administración y cuidado de sus bienes a exilados españoles y que los alemanes les reconocieron esta personalidad. Los exilados conocieron, en general, bajo la dominación alemana, mejor vida de la que habían conocido hasta entonces. Lo que explica que, cuando hablan sin prejuicios, con el corazón en la mano, confiesen simpatía a los alemanes, sin reprocharles la mitad siquiera de lo que reprochan a los franceses. Muchos colaboraron en tareas pacíficas. Otros admitieron voluntarios ir a trabajar a Alemania. Los que prefirieron trabajar en Francia, en Francia trabajaron. No dieron lugar a feos incidentes. Fueron más tarde los constructores de las fortificaciones alemanas del Atlántico, encuadrados en la famosa organización Todt, que los consideraba como sus mejores obreros. Y los que pasaron a Alemania cubrieron vacantes de preferencia en las fábricas del Reich.

La Embajada española en Berlín tuvo buenas pruebas del trato de preferencia que recibieron los exilados españoles que fueron a trabajar a Alemania. Por-

que ocurrió que fueron también a trabajar a Alemania 4.000 obreros españoles, casi todos del Sur de España. Llegados a Alemania y repartidos en fábricas y talleres, resultó que fueron a parar en muchos casos como ayudantes de obreros exilados españoles o enteramente a sus órdenes, cuando estos últimos trabajaban como capataces. Puede suponerse qué trato darían los capataces y obreros exilados a estos compatriotas, de filiación falangista, a sus órdenes. La Embajada tuvo que intervenir para que los voluntarios de España no fuesen colocados bajo la dependencia de los exilados. Y por cierto que el caso más notable fué el de la principal fábrica de municiones de Berlín, cuyo director, un ingeniero español exilado y muy rojo, sólo admitía capataces de su misma cuerda.

La proporción entre voluntarios vecinos de España y voluntarios españoles del exilio era de unos 4.000 los primeros frente a 30.000 los segundos. Proporción harto significativa. Y de que se trataba de voluntarios no puede haber duda. Los alemanes no admitían en sus fábricas de guerra más que voluntarios.

***** LAS *****
ROCAMBOLESCAS
AVENTURAS DEL
SEÑOR AGUIRRE

Aparte del caso de Largo Caballero, al que los alemanes trataron bien, ninguno de los jefes del exilio español en poder de los alemanes sufrió cautiverio o prisión. El jefe de los separatistas vascos, Aguirre, vivió en Alemania y se dió el placer de escribir un libro relatando nada menos cómo se refugió de incógnito en Alemania y cómo se fugó clandestinamente.

Pero todos sabemos que no es verdad. Era conocido que estaba allí, y para nadie fué un secreto su pretendido escondrijo. Era un secreto a voces. No sé si con esto ha querido demostrar el señor Aguirre que en Alemania había mucha libertad para entrar y salir, que la Gestapo era una Policía torpe y sin recursos o que él es un Rocambole. No lo entiendo. Aguirre, jefe de los separatistas vascos, era persona estimada en Alemania, como todos los vascos. De un modo casi enfermizo. Porque se les había metido en el meollo a los expertos alemanes de la raza que los vascos son los arios más puros de todo el orbe. Lo que representaba esta figuración para los alemanes de Hitler no tiene palabras. Ser vasco en Alemania era ser, por derecho propio, de la casta de los amos. Ningún vasco tenía necesidad de esconderse allí. Lo sabe bien el señor Aguirre. Vasco y perseguido, eran dos términos incompatibles en la Alemania de Hitler.

Recuerdo a otro vasco que figuraba allí como de incógnito. Era un profesor. Se debió de apercebir pronto del privilegiado lugar que en aquella Alemania se reservaba a los vascos. Pronto le requirieron "los de la raza" para que dedicase su auxilio a escribir una profunda obra sobre la raza, la sangre y el idioma de los vascos. El profesor gimoteó a los alemanes que para tan importante tarea necesitaba unos archivos que estaban en Victoria. Y los alemanes movilizaron gente, dinero, camiones. Como si se tratase del mismísimo secreto de la bomba atómica, extrajeron de España ese archivo para ponérselo a los pies. No sé en qué pararía aquello, pero no he olvidado la debilidad de los hitleristas por los vascos, minoría cuyo cultivo les apasionaba.

Sobre esto recuerdo un caso que se me presentó en Mannheim, en el año 1937. Me visitó un extraño grupo. Se trataba de una mujer modestamente vestida, pero bien abrigada, que llevaba a una niña de cinco años de la mano y a la que acompañaban dos recios alemanes, uno de ellos con una refulgente insignia del Partido en la solapa. Me explicaron los hombres que venían del Consulado español, que el cónsul estaba ausente (era judío y procuraba no estar nunca) y que, como se trataba de un asunto de idioma, les habían dado la dirección de mi casa. Venían a lo siguiente: Aquella mujer surgió como por encanto de un pequeño pueblo de la Selva Negra. Llevaba en la mano un solo documento y no hablaba alemán. No sabía nadie cómo pudo pasar la frontera. El documento atestiguaba que era la esposa de un alemán nacido en este pueblo. La mujer había podido explicar que su marido había muerto en la guerra española y que ella era vasca. Buscaba a la familia de su marido. Oír que era vasca y recibir los honores del alcalde y de todos los de la aldea, fué una sola cosa. La familia del marido no fué hallada, pero la mujer y la niña se quedaron allí como fabulosos huéspedes, tratadas a cuerpo de rey. Llevaban así cerca de ocho semanas.

"¡HITLER
SALVARÁ A LOS
VASCOS!"

Ahora trataban de poner en claro el asunto y, a falta de cónsul, se conformarían con un traductor. Una vez escuchado esto, me volví a la mujer. Rogué que se explicase... Era esposa de un alemán que había muerto combatiendo contra Franco, y no por Franco. ¿Cómo traducir aquello? El alcalde estaba pendiente de nuestras palabras, sin comprender. La mu-

jer refería su odisea a través de Francia y su afortunado encuentro en la frontera con un funcionario que, condolido, la dejó pasar. Hablaba pestes de Franco

y de los que le seguían. Y cuando la advertí que no era conveniente que aquellos hombres se aperciesen de su odio a Franco, replicó vivaz: "¡Ay, qué mal les conoce! Si son muy buenos. ¡Si Hitler salvará a todos los vascos!" Con todo, me empeñé en no traducir. Conté que su marido había muerto de una bomba perdida y que la mujeruca, que de política no entendía un pelo, sufría una evidente perturbación a causa de las emociones padecidas. Que era una buena mujer, digna de protección, etc. Pero no creo que convencí a la mujer de que le convendría ser discreta. La pequeña nos miraba con ojos muy abiertos, como si lo hubiera comprendido todo. Los hombres la contemplaban extasiados. Después, tomaron la filiación completa de las dos. Y, por último, aquel alcalde me explicó conmovido que se sentía dichoso de proteger a aquellas dos criaturas vascas. No hacía mucho, les habían dado un ciclo de conferencias sobre la raza, y huelga decir que retenían aquello de que los vascos no tienen gota de sangre hebrea. Se fueron alegres. Quise dar algún dinero a mi desconcertante compatriota, y no me lo consintieron. Porque, según decían, "estaba bajo su protección..."

Bajo su protección, como el señor Aguirre y como tantos. En Alemania, por rojo español, por adversario de Franco, no se molestó a nadie. Les importaban sus propios enemigos, y no los de Franco. El llamado rojo español campaba por sus respetos sobre todo el territorio alemán y dominios adyacentes. Así se da el peregrino caso de que, no obstante la ocupación alemana, no se puede citar una docena de españoles exilados en Francia que fueran objeto de molestia por parte de la gente de Hitler. Los de la República degollaron tanto cura y tanta monja, y dieron muerte vil a tanto ciudadano por tener un crucifijo en casa, que decir exilado era decir anticatólico furibundo, y esto no resultaba mal pasaporte ante los alemanes.

"ALLÍ DONDE
ESTÁ TU
TESORO..."

Los alemanes flirtearon con el propio Negrín, que fué invitado después de la guerra civil española a vivir en Alemania. (Ya ve el señor Aguirre que no había que ocultarse tanto.) A Negrín le querían, según ellos, como fisiólogo. Se había formado en Alemania y dejó allí amigos muy buenos. Negrín es extraordinariamente inteligente. El más inteligente de los españoles en el exilio. La verdadera gran cabeza. Con los rusos y para los rusos, pero la gran cabeza. Así al menos se veía en Alemania. Sus viejos amigos se carteaban con él, y él aprovechaba esta correspondencia para desahogarse contra la España del General Franco. Repito que fué invitado y tuvo entrada libre. Pero desconfió. Además, no le interesaba Alemania, sino Rusia, y no Berlín, sino Londres, donde guarda su fabuloso tesoro, donde tiene sus estufas guardaespaldas y donde Mr. Eden le espera a menudo para tomar el té. En Alemania no tuvo nunca buena prensa como Azaña y, sobre todo, como el General Miaja, que hasta el final de la guerra española mereció artículos encomiosos, nada menos que en el *Frankfurter Zeitung*, que, todavía bajo Hitler, seguía considerado como el primer diario del país. La simpatía a Negrín se reducía a círculos privados y, como queda dicho, médicos. Pero la invitación a Negrín fué cursada con el consentimiento y beneplácito de los hombres del Reich, después del remate de la guerra civil española, hasta algo avanzada la guerra europea.

Si yo llevara conmigo un archivo que no llevo porque he sufrido tantos registros por parte de todas las Policías políticas del mundo, daría aquí toda la sarta de nombres de conspicuos exilados que escaparon por Alemania, y no malamente. Recuerdo, por poner un ejemplo, el caso del jefe de Propaganda de la Generalidad de Cataluña, señor Artís. Tenía un hermano en Alemania, y allá corrió. Tomábamos café juntos todos los días. Era un muchacho despierto y todo lo rojo que se puede ser sin llegar al grado comunista. Los alemanes no le pusieron obstáculo y aun trataron de captarle. Pero prefirió irse a Venezuela y embarcó en Hamburgo. Hoy está en Caracas, donde ha hecho fortuna. Desde Caracas, propuso a su hermano en Berlín que se encargase de la corresponsalía de un periódico venezolano...

Que los exilados españoles no sufrieron molestia en Francia es harto conocido, aunque nadie se haya parado a pensar en ello. De los que no trabajaron directamente con los alemanes, unos sostuvieron sus negocios, otros los de los judíos, que administraron bien, y la mayoría mejoraron su situación. En cuanto a los del Marruecos francés, de todo hubo. Pero el enganche y las heroicidades bajo la bandera tricolor que algunos hicieron en Africa bajo el mando del General Leclerc, no significan necesariamente entusiasmo por la causa aliada, sino necesidad, nostalgia de la guerra y ganas de hacer algo. Como no significa amor a la causa de Francia el que tantos prisioneros alemanes de la campaña norteafricana se enganchasen en la Legión y lleven el peso de la represión francesa a los indígenas de la Indochina... A menos que se nos quiera hacer admitir que esos alemanes del *Afrikakorps* aman más a Francia que el General Pétain...